

¿LAS URNAS DE LA REVOLUCIÓN? Democracia y estrategias revolucionarias en Uruguay (1959-1967) ¹

Jaime Yaffé
Universidad de la República
jaimeyaffe@fcs.edu.uy

RESUMEN:

La revolución cubana impulsó en toda la izquierda latinoamericana un intenso debate acerca de las formas pacíficas o violentas que asumiría el camino hacia el socialismo en el continente. En el caso uruguayo los dos partidos marxistas estaban por entonces claramente integrados al sistema político institucional de la posguerra, y venían experimentando desde mediados de los años cincuenta algunas transformaciones en diversos aspectos de su vida partidaria (directriz, organizativo, teórico, entre otros). Esta ponencia busca reconstruir algunos elementos que dan cuenta de la forma en que lo internacional (la revolución cubana y sus efectos) y lo local (la crisis del modelo de desarrollo, el deterioro de las formas tradicionales de resolución del conflicto político y social) interactuaron en la determinación de dos cursos enfrentados de evolución política e ideológica acerca de la relación entre democracia y revolución. Mientras que los socialistas vivieron un acelerado proceso de desencanto con la estrategia electoral, parlamentaria y reformista que los había caracterizado desde su fundación, los comunistas uruguayos, al tiempo que ratificaban sus convicciones marxistas leninistas y su alienamiento prosoviético, profundizaron su compromiso con la “vía pacífica”. El marco cronológico delimitado entre, a nivel externo, el triunfo revolucionario cubano y la conferencia de la OLAS, y, a nivel local, el inicio de un gobierno con fuerte protagonismo de la alianza herrero-ruralista y la asunción de la presidencia por Jorge Pacheco, ofrece un escenario particularmente adecuado para observar esta problemática.

Palabras Clave: Revolución / Democracia / Uruguay

¹Trabajo presentado en las X Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR, Montevideo, 13-14 de setiembre de 2011).

¿LAS URNAS DE LA REVOLUCIÓN? Democracia y estrategias revolucionarias en Uruguay (1959-1967) ²

Jaime Yaffé³

Introducción

Esta exposición aborda las formas diversas en que la Revolución Cubana fue recepcionada por los comunistas y los socialistas uruguayos antes de la irrupción del Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaros⁴, e intenta una evaluación de la magnitud y la orientación de los impactos que aquella tuvo en ellos durante el período que va hasta la conferencia de la OLAS. El centro de atención está puesto en la incidencia que este fenómeno latinoamericano tuvo en las concepciones y las prácticas que ambos partidos tradicionales de la izquierda marxista uruguaya exhibieron en esos años en relación a la democracia y sus instituciones.

Cuando las noticias sobre el triunfo revolucionario en Cuba llegan al Uruguay a comienzos del año 1959, estos dos partidos estaban procesando, desde hacía unos tres o cuatro años, sendos procesos de renovación expresados en la emergencia de nuevos liderazgos. Estos expresaban la aparición de nuevas formulaciones ideológicas y estratégicas, que anunciaban distintos cursos de evolución en cuestiones cruciales. La revolución cubana fue recepcionada por ambas organizaciones con ilusionada expectativa acerca de las perspectivas revolucionarias que se abrirían para los pueblos latinoamericanos. Y también reforzó las tendencias renovadoras que estaban en pleno desarrollo, impulsando la consolidación de las que terminarían siendo dos aproximaciones muy diferentes al problema de las vías de la revolución. Esto quedaría plenamente expuesto en sus posiciones ante las resoluciones de la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) que se reuniera en La Habana en agosto de 1967.

Además, en la misma época el sistema político uruguayo iniciaba un giro que iría socabando lenta y progresivamente las bases de una democracia que en la segunda posguerra se había consolidado como una de las más avanzadas y estables de América Latina. En un contexto de estancamiento económico prolongado y agitación social ascendente los elencos gobernantes fueron dejando a un lado el tradicional rol articulador y negociador del Estado frente a los conflictos sociales para

2 Ponencia presentada en las X Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República “Derechos Humanos, Seguridad y Violencia”. Montevideo, 13-14 de setiembre de 2011.

3 Docente e Régimen de Dedicación Total de la Universidad de la República. Integrante Nivel I del Sistema Nacional de Investigadores.

4 Si bien, luego de un período preparatorio de tres años, el MLN se constituyó formalmente como organización político-militar en 1965, su irrupción violenta como fenómeno relevante del proceso político uruguayo se produciría recién en 1968.

desarrollar una creciente orientación represiva. Precisamente entre 1959 y 1967 se fue configurando la antesala de la crisis democrática que se concretaría a partir de 1968 y epilogaría en la ruptura institucional de 1973, cuando se inició la experiencia autoritaria más violenta de la historia uruguaya en el siglo XX.

De tal modo que los sucesos vinculados a esos primeros nueve años de la experiencia de gobierno revolucionario en Cuba impactan en Uruguay sobre un contexto político en transformación, que pronto se encaminaría hacia una deriva autoritaria afectando severamente los espacios y las formas de actuación de los partidos marxistas. Desde hacía algunos años éstos experimentaban a su vez ciertos cambios que se desplegarían con mayor amplitud a los largo de los años sesenta. Para considerar cuánto de esos procesos de cambio que se profundizaron en los años sesenta puede imputarse a la revolución cubana, y en qué direcciones se puede percibir su influencia sobre los dos partidos que constituyen nuestro objeto de estudio, en las líneas que siguen expondremos en primer lugar las principales características de la inserción de la izquierda en el sistema político uruguayo de la posguerra entre 1946 y 1958. Luego, en un segundo apartado nos detendremos en la consideración de la forma en que los cambios en el contexto político y social nacional por un lado, y la revolución cubana por otro fueron interpretados e incorporados a las concepciones y prácticas políticas de los comunistas y los socialistas uruguayos entre 1959 y 1967.

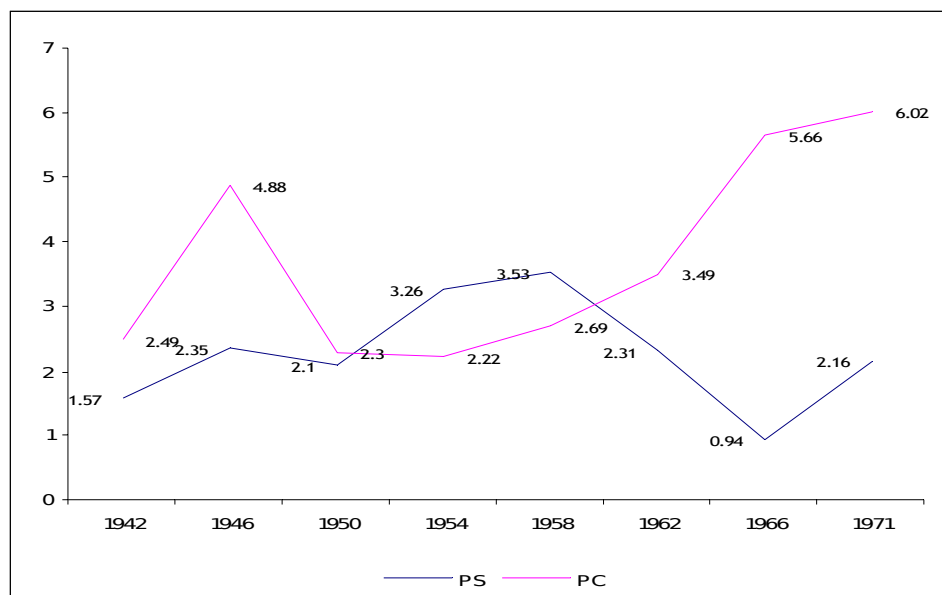
La izquierda en el “Uruguay feliz” de la posguerra (1946-1958)

En la década que siguió al fin de la Segunda Guerra Mundial la sociedad uruguaya vivió el período que aún hoy se recuerda con añoranza como el de mayor crecimiento económico con progreso social y libertad política de su historia⁵. Fue en esos años que se acuñó la expresión popular de que “como el Uruguay no hay” y que desde el elenco político se pudo promover la idea del pequeño país rioplatense como la “Suiza de América”. Más allá de las exageraciones propias de toda visión mistificadora, que en parte algo de eso hay en este caso, lo cierto es que entre la segunda mitad de los años cuarenta y la primera de los cincuenta Uruguay registró un importante proceso de expansión económica basada en la industria orientada al mercado interno y en las exportaciones de productos primarios, y de elevación de la calidad de vida de importantes sectores de la población que lograron integrarse en el mercado de trabajo, todo ello en el contexto de una democracia estable y pluralista.

⁵ Para una descripción general de este período, puede consultarse la segunda parte de Nahum, Cocchi, Frega y Trochon (1988).

La evolución política confirmó durante ese período el predominio del bipartidismo tradicional protagonizado desde el nacimiento de la política uruguaya moderna por los “blancos” (el Partido Nacional) y los “colorados” (el Partido Colorado). El resto de las alternativas políticas, entre las que se contaban, junto a los “cívicos” (la Unión Cívica del Uruguay), los socialistas (el Partido Socialista del Uruguay) y los comunistas (el Partido Comunista) persistieron como partidos menores del sistema político, manteniendo una presencia electoral constante pero de escasa gravitación, lo que limitó su capacidad de incidir sobre la formulación de las políticas públicas, aun cuando, dada la proporcionalidad casi exacta del sistema electoral uruguayo a la hora de la adjudicación de bancas, lograron participar del Parlamento en toda esta etapa a pesar de su reducido caudal electoral.

EVOLUCIÓN ELECTORAL DEL PC Y EL PS 1942-1971 (%)



Nota: 1962: PS=UP, PC=FIDEL; 1966: PC=FIDEL, PS=IZQNAC (0.64)+ MOVSOZ (0.30); 1971: PC=FIDEL

Fuente: Bando de Datos de Política y Relaciones Internacionales (FCS-UDELAR)

Como puede apreciarse en el gráfico que antecede a este párrafo, el apoyo electoral obtenido por el PC y el PS en las elecciones de 1946, 1950, 1954 y 1958 fue, considerándolos conjuntamente, siempre menor al 10%: 2.4, 2.1, 3.3 y 3.6 en el caso de los socialistas; 4.9, 2.3, 2.2 y 2.7 en el caso de los comunistas. De todos modos, su accionar no se limitó a la mera denuncia y crítica de las acciones gubernamentales, sino que desde la acción parlamentaria y a partir de su inserción en el ámbito sindical ambos partidos encontraron formas para hacer valer sus opiniones y lograr que algunas de sus propuestas fueran tenidas en cuenta por los gobiernos de turno. En ningún caso su comportamiento puede considerarse antisistémico, sino que por el contrario, y a pesar de las

importantes diferencias ideológicas constatables entre ellos, ambos desplegaron estrategias y comportamientos que evidencian un importante grado de integración al sistema político.

Los socialistas, liderados desde la fundación del PS en 1910 por Emilio Frugoni, constituían por entonces un partido ideológicamente socialdemócrata⁶. Se definían doctrinariamente en una combinación de marxismo y liberalismo político. Su adhesión al marxismo como teoría crítica y proyecto social fundamentaba una postura anticapitalista y la perspectiva finalista de una sociedad socialista. Pero el de los socialistas uruguayos de aquella época era un marxismo antileninista, fuertemente crítico del itinerario del proceso revolucionario ruso (en particular en su etapa estalinista), del modelo soviético y de sus emulaciones europeas establecidas después de la Segunda Guerra Mundial, del tipo leninista de partido, de las concepciones leninistas sobre la estrategia y la táctica revolucionarias, entre otros aspectos. En particular, la crítica al leninismo como teoría y al modelo soviético como socialismo realmente existente apuntaba a la instauración de regímenes políticos autoritarios y reivindicaba la libertad política como principio irrenunciable y la democracia como único sistema político que la garantizaba. Para los socialistas sólo era admisible un socialismo democrático, que no concediese restricciones a las libertades en pos de ningún otro principio. Políticamente, el PS uruguayo, desarrollaba una estrategia reformista, que confiaba en la posibilidad de alcanzar transformaciones revolucionarias por la vía de reformas graduales, y que apelaba a las disputas electorales y a la acción parlamentaria como instrumentos fundamentales de su accionar. Si bien también apostaba a expandir su base de apoyo entre los trabajadores mediante la implantación de sus militantes en el ámbito sindical, no tenía una posición predominante en el movimiento obrero organizado, donde disputaba posiciones con el sindicalismo católico, anarquista y, especialmente, comunista.

Por su parte, los comunistas, liderados desde la transformación ocurrida en 1921 del viejo PS en PC por Eugenio Gómez⁷, era un partido marxista leninista de orientación firmemente pro-soviética. Sin embargo, en esta época, aun cuando doctrinariamente era un partido leninista, tampoco en su caso desplegaba ni una prédica ni una acción antisistémica. Por el contrario, desde principios de los años cuarenta, a la salida del régimen autoritario instaurado en 1933, el PC había conciliado su teoría crítica de la democracia liberal con una práctica política asentada en la competencia electoral y en la acción parlamentaria. Se trataba por tanto de un partido leal a las instituciones democráticas; al que los predominantes partidos tradicionales liberales admitían y reconocían como tal aún en medio del clima crecientemente anticomunista que se fue instalando en toda América Latina desde fines de los

6 Para una caracterización ideológica del socialismo y su evolución en esta etapa y la posterior: De Armas, Garcé y Yaffé (2003). También Caetano y Rilla (1991) y Caetano y Rilla (1995).

7 Sobre la transformación del PS en PC: López (1992).

años cuarenta. Quizás no pueda haber mejor testimonio de ese reconocimiento que el hecho de que el PC de Uruguay fue el único que pudo mantener su condición de partido legal durante toda la década de los cincuenta, cuando en el resto de Latinoamérica se sucedían las declaraciones de ilegalidad, incluso en regímenes democráticos, como sucedió en el caso de Chile en los tiempos de la “ley maldita” ente 1949 y 1958. De todos modos, a diferencia de los socialistas, los comunistas eran duros críticos del reformismo, postulando una teoría y una retórica de contenidos revolucionarios. Autoproclamándose como partido de vanguardia de la clase obrera, desarrollaban la acción sindical como uno de los componentes prioritarios de su estrategia, llegando a tener una posición predominante en importantes sectores de los asalariados organizados.⁸

Si estas fueron características que comunistas y socialistas mantuvieron a lo largo de todo el período 1946-1958, igualmente se observa que, sin que el contexto político nacional hubiera variado sustancialmente aún, en la segunda mitad de los años cincuenta se producen en ambos partidos importantes novedades. Si bien estas no afectaban por el momento aquellas características que hemos reseñado, serán el antecedente de algunas variaciones significativas que se desplegarán en los años sesenta en el marco de una situación política nacional e internacional en plena transformación.

En el caso de los comunistas, en el año 1955 se produjo el relevo de Eugenio Gómez por Rodney Arismendi, quien desde entonces se mantendría en el cargo de primer secretario hasta su fallecimiento acaecido en 1989. Si bien el cambio de dirección no implicó ninguna revisión desde el punto de vista ideológico, sí se produciría una reformulación organizativa y una reorientación estratégica que tendría importantes consecuencias en la década siguiente⁹. El PC mantuvo sus definiciones marxistas y leninistas y su postura prosoviética tanto en materia de política internacional como en cuanto a su visión del modelo soviético de construcción del socialismo como paradigma de referencia. También confirmó su apuesta a la acción política legal, a la competencia electoral y a la acción parlamentaria en combinación con la sindical y la cultural. Pero, tras una dura autocrítica que reconoció errores y desviaciones de la línea política y organizativa desarrollada hasta entonces, se procesaron cambios significativos en la vida interna del partido, en su inserción social y en su estrategia política.

Después del alejamiento de Gómez, se puso fin a las hasta entonces frecuentes purgas y expulsiones de disidentes, dando inicio a una nueva forma de tratar las diferencias políticas, aun cuando la

⁸ Para una caracterización del comunismo en esta etapa y su evolución posterior: ídem.nota 5.

⁹ Para una consideración específica del significado que la renovación directriz de 1955 tuvo en el PC véase: Silva (2009) y Leibner (2009).

formación de corrientes internas organizadas continuó estando prohibida y en los hechos nunca las diferencias existentes se hicieron públicas, predominando una verdadera cultura de la unanimidad relacionada con el culto a la unidad partidaria. En lo referente a su inserción social se proclamó la necesidad de abandonar el carácter cerrado y sectario que los comunistas habían alcanzado en los años previos, para abrirse hacia un relacionamiento más fluido y flexible en los distintos ámbitos de la sociedad en los que el PC deseaba aumentar su influencia (el sindicalismo, la intelectualidad, el estudiantado, los militares, el pequeño y mediano empresariado, las iglesias, etc.). Por último, a partir de una caracterización de la estructura económico-social del Uruguay como un capitalismo deformado por la dominación imperialista y con rasgos semif feudales, y del reconocimiento de la necesidad de recorrer por ello una primera etapa en el proceso revolucionario que, bajo conducción obrera, tendría carácter agrario y antiimperialista, se proclamó el carácter estratégico de la unidad de las distintas corrientes ideológicas que constituían el sindicalismo y de la unidad política de todos los actores políticos y sociales que compartiesen con el comunismo posturas antiimperialistas y progresistas.

En el caso de los socialistas la renovación fue más gradual y prolongada aunque, como podremos ver más adelante, terminaría siendo en los años sesenta más radical y rupturista que la procesada, con anterioridad y más rápidamente, por los comunistas. A lo largo de los años cincuenta se fue gestando en el PS la emergencia de una nueva generación de dirigentes que comenzaron a plantear algunas posiciones críticas, que sin romper inicialmente con la tradición doctrinaria del socialismo de Frugoni, fueron estableciendo las bases de lo que en la década siguiente terminaría siendo una nueva teoría y una nueva estrategia del socialismo uruguayo. Vivián Trías fue el exponente más visible de esa nueva generación. Desde mediados de los cincuenta se pueden registrar estas nuevas voces que van evidenciando un vuelco progresivo del PS hacia posturas duramente críticas de la política internacional que en el marco de la Guerra Fría desplegaban los partidos socialistas europeos, integrantes de la misma Internacional Socialista de la que el socialismo uruguayo era parte.

El proceso de la descolonización afroasiática y la emergencia del tercermundismo fueron los factores del contexto internacional que propiciaron este deslizamiento en los postulados doctrinarios de los socialistas uruguayos. De la mano del problema colonial se plantearía la cuestión nacional como un asunto clave en la concepción socialista, que acabaría luego rivalizando con la cuestión democrática que había sido tan central en el pensamiento socialista uruguayo. De igual modo, el ejemplo de los movimientos revolucionarios anticolonialistas de Asia y África en conjunción con la interpretación de las implicaciones de la violenta intervención norteamericana en el derrocamiento

en 1954 del gobierno reformista guatemalteco presidido por Jacobo Arbenz, irán abriendo el camino a una revisión crítica acerca de la viabilidad histórica concreta del gradualismo reformista en una América Latina que, en el marco de la Guerra Fría, vivía bajo los efectos de una reforzada hegemonía política de los Estados Unidos.

La izquierda, “el Uruguay de la crisis” y la revolución cubana (1959-1967)

De tal modo que cuando se produce el triunfo de las fuerzas rebeldes cubanas que toman control de La Habana en enero de 1959, los dos partidos de la izquierda marxista uruguaya se encontraban en distintos momentos de sus respectivos procesos de renovación directriz y doctrinaria. Como fue dicho, la forma en que la revolución cubana fue recepcionada y el impacto que esta tuvo sobre dichos partidos no puede ser comprendida al margen de esas renovaciones en diferentes cursos de evolución. Pero tampoco puede entenderse sin tomar en consideración los importantes cambios que en la misma época se produjeron en el contexto político nacional.

En la etapa que se abrió a comienzos del año 1959 y terminó a fines de 1967 el panorama de la sociedad uruguaya se vio completamente transformado¹⁰. En un contraste que hoy no puede dejar de apreciarse como impactante, el “Uruguay feliz” que pudo reconocerse a sí mismo como tal en el período 1946-1958 fue dando lugar a una autopercepción de ruptura profunda hasta que en pocos años se instaló por largo tiempo en el imaginario colectivo la noción y la convicción del “Uruguay de la crisis”. Desde 1958 la economía dejó de crecer, dando inicio a un estancamiento que perduraría durante diecisiete años (recién en 1975, ya en plena dictadura, se superarían los valores de producción de 1957). En una sociedad altamente organizada y articulada con los partidos políticos y las instituciones estatales, las fuertes y generalizadas expectativas de continuar elevando el nivel de ingresos al ritmo en que se venía haciendo desde los años cuarenta, desataron en el nuevo contexto de restricciones económicas, un ascendente proceso de protestas sociales. El Estado, y los partidos tradicionales que lo administraban y dirigían, se fueron revelando cada vez más incapaces de absorber la presión social y fueron virando desde el anterior papel arbitral y negociador hacia una respuesta cada vez más represiva, anticipo del autoritarismo que se comenzaría a instaurar progresivamente desde fines del año 1967 y a lo largo del período 1968-1973 hasta la ruptura del marco institucional democrático en 1973.

A lo largo de esos nueve años que van de 1959 a 1967 el clima político se fue deteriorando y

¹⁰ Para un panorama general del período: Nahum, Frega, maronna y Trochon (1990).

alejando de la pauta que fuera normal en el período anterior. Un discurso fuertemente anticomunista y estigmatizador de la izquierda en general se instaló tempranamente y se concretó entre 1959 y 1961 en una serie de acciones violentas de grupos de ultraderecha dirigidos contra militantes y locales de organizaciones de izquierda. El hasta ahora no aclarado asesinato del profesor Arbelio Ramírez ocurrido el 17 de agosto de 1961 a la salida de la conferencia que Ernesto Guevara brindó ese día en la sede de la Universidad de la República en Montevideo fue uno de los puntos culminantes de ese ambiente que comenzó a instalarse en la nueva etapa que estamos considerando. El sector “ruralista”, del nuevo gobierno que asumió funciones en marzo de 1959 jugó un papel fundamental en esta cruda internalización de las lógicas de la Guerra Fría en la política uruguaya y en la creación de ese nuevo ambiente que desde un virulento anticomunismo discursivo propició la irrupción de la violencia anticomunista¹¹. Indudablemente, el triunfo de la revolución cubana y la agresiva prédica y el accionar hostil de los Estados Unidos tuvieron un papel determinante en la activación de esta veta preexistente en el conservadurismo uruguayo, impulsándolo a una retórica y un comportamiento que tenían un eje central en la denuncia y enfrentamiento de la “amenaza comunista” que en parte observaban y en parte imaginaban o querían ver como forma de legitimar sus propia posición.¹²

Es pues en esa nueva situación - en la que la respuesta del Estado frente a la creciente protesta social ambientada en el estancamiento económico se fue volviendo cada vez más represiva, y en la que el clima político que se promovía desde el gobierno era cada vez más adverso para una izquierda estigmatizada como amenaza externa al orden interno, a la paz social y a la estabilidad democrática -, que se debe observar la forma en que la revolución cubana impactó sobre los dos partidos de la izquierda marxista que se encontraban en pleno proceso de renovación de sus estrategias y comportamientos. En ambos partidos, la revolución cubana colocó en el primer orden de la discusión a “la cuestión del poder”. Se impuso en estos años la percepción de que ya no se

11 En las elecciones de 1958 el Partido Nacional obtuvo el gobierno, entre otras razones, gracias a la alianza de su fracción mayoritaria (el “herrerismo”) con el “ruralismo”, un movimiento extrapartidario de tipo gremial que había nacido a comienzos de la década como expresión del descontento de un amplio espectro de sectores sociales vinculados a la producción agropecuaria.

12 Más compleja fue la posición asumida frente a la revolución cubana en estos primeros años por parte del “herrerismo”, corriente liberal y conservadora del Partido Nacional que en la primera mitad del siglo había mantenido posturas antimperialistas críticas de la política exterior norteamericana en América Latina. Testimonio de ello fueron antes de la revolución cubana, el apoyo a la rebelión encabezada en Nicaragua por Augusto César Sandino en los años veinte, y la oposición a la instalación en Uruguay de bases militares estadounidenses a principios de los años cuarenta; luego del triunfo revolucionario, la visita de Fidel Castro a Uruguay en mayo de 1959, y en agosto de 1961 el encuentro en Punta del Este entre el connotado dirigente herrerista y en ese momento integrante del Consejo Nacional de Gobierno Eduardo Víctor Haedo y Ernesto Guevara, que por entonces participaba como representante del gobierno cubano en la conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social convocado por la OEA (encuentro que quedó retratado en una célebre foto que registra a Guevara y Haedo conversando distendidamente en un banco al aire libre mientras comparten un mate ante la mirada atenta de un enjambre de periodistas que no daban tregua al primero; puede verse la reproducción de un fragmento de esa fotografía en http://www.larepublica.com.uy/publicaciones/101/20090214/images/352681_1.gif)

trataba de discutir este asunto como una cuestión meramente teórica sino que había llegado en Latinoamérica la hora de afrontar también la dimensión concreta del problema. En definitiva, el debate en torno a “las vías de la revolución” en el continente pasará a ser el eje principal de la discusión política y de las formulaciones estratégicas en ambos partidos.

En el caso del Partido Socialista, el fenómeno cubano dio mayor empuje a la nueva generación de dirigentes que desde mediados de los cincuenta venían introduciendo novedades en el pensamiento socialista tradicional. Impulsados por las elaboraciones de Vivián Trías (que en 1961 y 1965 publicó dos de sus libros políticos más influyentes: *El plan Kennedy y la revolución latinoamericana* y *Por un socialismo nacional*), los socialistas irán apartándose de la matriz socialdemócrata que les era propia y abandonando una buena parte de las características de su prédica y accionar anteriores, en un proceso que incluirá el abandono de la Internacional Socialista en 1960 y el alejamiento del viejo líder socialista Emilio Frugoni y sus seguidores en 1963, confirmando que el PS de los sesenta tenía poco que ver con el de antes. Por un lado, se irá imponiendo una fuerte crítica al liberalismo político, una creciente desconfianza hacia la capacidad de la democracia para resolver pacíficamente los disensos y procesar las reformas sociales requeridas. Por otro lado, y en relación a lo anterior, los socialistas revisarán críticamente la pertinencia y la viabilidad del reformismo, sustituyéndolo por una concepción revolucionaria del cambio social, que termina renegando del gradualismo. Finalmente, el alejamiento de la concepción democrática y reformista del socialismo será paralelo al destaque de la orientación nacional y antiimperialista que el PS experimentará en estos años.

En *Por un socialismo nacional* Trías de 1965 ya es plenamente verificable este tránsito desde un “socialismo democrático y reformista”, apoyado doctrinariamente en el marxismo y el liberalismo político, a un “socialismo nacional y revolucionario”, que se recuesta cada vez más en el leninismo aunque todavía no se proclama como tal (lo hará recién en 1972 en ocasión del 35º congreso partidario). Estos lemas sintetizan lo esencial del pensamiento socialista antes y después de 1959, cuando Trías pasó a ocupar la Secretaría General del partido hasta 1963. Si bien se desarrolló a lo largo de varios años, y no a partir de un acto puntual de recambio directriz como había sucedido en el caso del PC, el resultado final de este proceso de transformación partidaria tiene todas las características de un cambio radical, de una ruptura con algunos elementos del núcleo central de la tradición partidaria. Al final del período que estamos considerando, el PS acabó suscribiendo sin reservas las resoluciones de la conferencia de la OLAS reunida en La Habana en agosto de 1967, incluyendo la adhesión a la lucha armada como única vía posible para la revolución latinoamericana, hecho que daría motivo a su ilegalización decretada en diciembre de 1967. Este era

el momento final de una deriva que se había iniciado a mediados de los cincuenta, a lo largo de la cual el PS experimentó un creciente descreimiento en la democracia y, revolución cubana mediante, una aceptación igualmente creciente de la opción por la lucha armada, alternativa que de todos modos nunca llegó a implementar.¹³

En este sentido, no es mera casualidad el hecho de que del PS provinieran varios de los militantes que en 1962 comenzaron a establecer los contactos y las bases doctrinarias y materiales para la creación de una organización guerrillera. Esta se concretaría en 1965 con la aparición del Movimiento de Liberación Nacional – Tuparamos, siendo el dirigente socialista Raúl Sendic su líder y principal referente interno y externo. Tampoco es casualidad que estos sean los años en que el PS enfrentó (véase el Gráfico antes referido) una debacle electoral que no pudo más que haber causado un fuerte impacto, alimentando la revisión de las ideas y las prácticas. En 1962 la alianza electoral que bajo el nombre de Unión Popular (UP) establecieron los socialistas con un sector escindido del Partido Nacional, fue un completo fracaso político y electoral. La UP obtuvo el apoyo de apenas un 2.3% del electorado siendo que en 1959 los socialistas solos habían obtenido el 3.5%. Para peor, por desavenencias con sus aliados blancos, el PS no pudo obtener siquiera una banca parlamentaria. Para la elección de 1966, tras la escisión de Frugoni y los suyos en 1963, los socialistas concurren divididos, y entre los dos grupos que se disputaban el nombre del partido no alcanzaron el 1%. De este modo el PS quedó marginado del ámbito parlamentario durante diez años (recién reingresaría al parlamento en 1972 como parte del Frente Amplio). Resulta bastante claro que esta sucesión de fracasos no puede sino haber provocado una profunda decepción y ambientado la adhesión a otras ideas y opciones estratégicas de las que el caso cubano representaba un ejemplo admirado.

En el caso del Partido Comunista, la revolución cubana fue recepcionada e interpretada, por un lado, como una confirmación de las tesis formuladas años antes; por otro, como un suceso que definía el carácter de la época histórica por la que transitaba el continente. En este sentido, al colocar en el tapete el tema del poder, avivaba la necesidad de precisar las previsiones acerca de las vías de la revolución latinoamericana. Sobre estos asuntos, Rodney Arismendi desplegó una importante reflexión teórica y política que está condensada en los dos libros más importantes que produjo en los años sesenta: *Problemas de una revolución continental* publicado a comienzos de 1962 con varios trabajos escritos en 1960 y 1961 más un ensayo anterior, y *Lenin, la revolución y América Latina* escrito en su mayor parte en los primeros meses de 1968 aunque publicado en 1970). En estas dos obras, que son la reunión de otros tantos trabajos publicados previamente bajo

¹³ Para un análisis de la transformación del PS y su relación con la aparición de una “nueva izquierda” que simpatizaría en diversos matices con la lucha armada: Rey Tristán (2006).

la forma de artículos o informes, es claramente perceptible la gran atención que la revolución cubana mereció de parte del máximo dirigente del PC. De hecho, la mitad del primero de estos libros está casi enteramente dedicado al análisis del fenómeno cubano y sus implicaciones para los revolucionarios del continente, y el segundo está centrado en la caracterización del momento histórico latinoamericano y a la discusión del problema de las vías de la revolución a la luz del pensamiento de Lenin y de la experiencia histórica concreta de las revoluciones realmente ocurridas, especialmente la cubana.

Entre las muchas cosas que se podrían considerar a partir de estos dos densos y extensos textos, me interesa señalar aquí que, según Arismendi, la revolución cubana venía a confirmar las previsiones teóricas de los comunistas acerca de las dos etapas por las que transitaría la revolución en América Latina: una primera de carácter democrático, popular y antiimperialista; y una segunda plenamente socialista, indisolublemente ligada a la primera mediante el ejercicio desde el comienzo del papel de vanguardia por parte de la clase obrera y del PC como su expresión política. Al mismo tiempo, consideraba que el caso cubano abría una nueva época histórica en el continente, configurando el inicio de un momento revolucionario que los comunistas y sus aliados debían saber interpretar para impulsar el proceso hacia los objetivos estratégicos planteados. En tercer lugar, la revolución cubana, definiendo la urgencia de pasar de la teoría a la acción, permitía avanzar en la especificación del problema de las vías de la revolución. En este tema el PC uruguayo era tributario de los lineamientos soviéticos en relación a la conveniencia de la vía pacífica en el tránsito al socialismo. Sin embargo, lejos de toda ingenuidad, sostenía que la revolución cubana y la hostil reacción norteamericana que generó, seguida de la reacción en muchos casos violenta de las oligarquías dominantes en el resto del continente, ponían en evidencia que, siendo deseable, esa no era la vía más probable en la mayoría de los países latinoamericanos.

Los comunistas uruguayos entendían que no podía haber en este tema una receta universal, y reivindicaban el derecho y el deber de cada partido para definir con independencia el camino más adecuado a las condiciones particulares de su país. De allí que el PC uruguayo, si bien participó de la conferencia de la OLAS, no apoyó la resolución ya comentada en la que se planteaba que la lucha armada era la única alternativa revolucionaria viable en toda América Latina. De allí también que el PC uruguayo lograra mantenerse como uno de los más firmes aliados del PCUS en Latinoamérica, al mismo tiempo que era un socio sumamente respetado por la dirigencia revolucionaria cubana, y que probablemente por eso haya podido jugar un papel articulador entre soviéticos y cubanos. Para los comunistas, el caso uruguayo, a pesar del notorio deterioro de la situación política que experimentaba desde 1959, era uno de aquellos que, junto con el chileno, permitían apostar a la “vía

menos dolorosa” para la revolución.

De este modo -en base a una lectura que, a pesar de las restricciones experimentadas a lo largo de los sesenta, era optimista acerca de las condiciones democráticas del Uruguay en el contexto latinoamericano-, el PC reafirmó su compromiso con la acción política legal, desplegando una estrategia en la que las elecciones y la acción parlamentaria eran elementos fundamentales de su comportamiento. Y a diferencia de lo sucedido en el caso de los socialistas, su política de alianzas resultó exitosa, pudiendo no sólo mantener sino además incrementar su caudal electoral y su contingente parlamentario a lo largo del período. La alianza que establecieron en 1962 con sectores blancos y colorados escindidos de sus respectivos partidos se denominó Frente Izquierda de Liberación (FIDEL), con el deliberado y explícito propósito de identificarse con la revolución cubana y capitalizar la adhesión que ésta despertaba en Uruguay en el electorado de izquierda. El FIDEL, en notorio contraste con la fallida experiencia de la UP que ensayaron los socialistas, logró mantenerse unida a lo largo de todo el período bajo una clara hegemonía de los comunistas, y obtuvo en las elecciones de 1962 y 1966 el apoyo del 3.5% y el 5.7% del electorado frente al 2.7% alcanzado por el PC en 1958.

Conclusión

En varias de las interpretaciones que han circulado en los últimos diez años sobre el Uruguay de los sesenta se enfatiza el papel determinante que la revolución cubana tuvo en el itinerario de la izquierda uruguaya¹⁴. Se pretende de ese modo ubicar ese factor como clave en la explicación de la implantación progresiva de la violencia política y la subsiguiente deriva autoritaria que culminaría en el golpe de estado y en la instauración de una dictadura civil-militar en 1973.

Si la somera reconstrucción de su recepción e impacto sobre los partidos comunista y socialista hasta 1976 que hemos ensayado en esta exposición es correcta, puede decirse que la influencia de la revolución cubana fue indudablemente importante. Sin embargo, no puede explicarse la misma si no es en relación a la evolución del contexto socio-político nacional y a los procesos de renovación partidaria que se venían procesando desde algunos años antes del triunfo revolucionario cubano tanto en el PC como en el PS. No se trata de negar la importancia de Cuba y su revolución en el proceso político nacional y en particular en los dos partidos marxistas. Sí, en cambio, de matizar su influencia a partir de su contextualización y de su interrelación con otros fenómenos que se

14 Pueden inscribirse claramente en esa tendencia: Lessa (2001) y Gatto (2003).

procesan en los mismos años.¹⁵

En este sentido, parece igualmente razonable concluir que la influencia de la revolución cubana sobre las concepciones y los comportamientos de la izquierda uruguaya también debe registrarse por los efectos indirectos a través de su impacto en los sectores conservadores de los partidos liberales tradicionales (Nacional y Colorado) que ostentaban el gobierno. Estos comenzaron a predicar un anticomunismo virulento y crearon de ese modo las condiciones para la irrupción fugaz pero muy revulsiva de una ultraderecha violenta a comienzos de los sesenta. Su acción tuvo importantes efectos en la lectura que algunos sectores de la izquierda hicieron de las posibilidades de la acción política legal y la estrategia reformista y parlamentaria, efecto que se vería reforzado por el golpe de Estado brasilero de 1964.

La revolución cubana fue uno de los factores que se combinaron en la determinación del curso seguido por los dos partidos que hemos considerado. Su recepción fue mediada por las características propias de los procesos de renovación que venían experimentando. Su indudable influencia se articuló con los efectos que sobre estos partidos tuvo la progresiva transformación de las condiciones políticas nacionales en las que estaban insertos, incluyendo el avance de las posturas y acciones anticomunistas que la propia revolución cubana activó. En este sentido, parece bastante claro que el caso uruguayo en los sesenta permite corroborar que cuando las oportunidades políticas de la acción legal se restringen, el sistema político se vuelve menos inclusivo y los actores políticos menores tienen incentivos para recurrir a estrategias y desplegar comportamientos extralegales.

Si esa restricción de las oportunidades políticas se conjuga con la obtención de malos resultados en la acción legal (competencia electoral, implantación social, influencia cultural, actuación parlamentaria), aquellos incentivos se potencian. Y viceversa. Parece por ello igualmente claro que los desempeños electorales del PC y el PS integraron este complejo de factores intervinientes en el que cada partido interpretó y procesó a su modo el ejemplo revolucionario cubano. Resulta bastante indudable que el fracaso de la política de alianzas ensayada por el PS en 1962 y los sucesivos reveses electorales experimentados en ese año y en 1966, que lo dejaron fuera del escenario parlamentario por primera vez en su historia y durante diez años, afectaron sus tradicionales convicciones democráticas. Por el otro lado y en sentido exactamente contrario, los éxitos de la política de alianzas desplegada por el PC y, aunque pequeños en su magnitud, los avances electorales verificados en los mismos años, tan contrastantes con la situación vivida por el PS,

¹⁵ Para una revisión de las principales vertientes explicativas que han pretendido dar cuenta de estos procesos latinoamericanos y en particular para el caso uruguayo: Marchesi y Yaffé (2010).

configuraron un escenario propicio para la afirmación del compromiso democrático de los comunistas en el marco de su concepción de la estrategia revolucionaria adecuada para las condiciones del Uruguay, aun cuando su doctrina marxista-leninista los colocaba teóricamente en una postura radicalmente crítica de la democracia liberal entendida como sistema político de la dominación burguesa, diametralmente opuesto a lo que concebían como la “verdadera” democracia.

Estos itinerarios tan distintos dejan en claro que la revolución cubana no tuvo un efecto unívoco sobre las concepciones y prácticos de la izquierda uruguaya en relación a la democracia y sus instituciones. Por el contrario, fue recepcionada y leída de maneras diferentes, incorporándose a la fundamentación de las concepciones y estrategias revolucionarias abiertamente divergentes que desplegaron comunistas y socialistas. Estas quedaron claramente expresadas en sus respectivas posiciones en el debate -que tuvo un escenario privilegiado en la conferencia de la OLAS- en torno a las vías de la revolución. Por un lado, el PS rompió con la tradición democrática, liberal, reformista, parlamentaria y electoral que le había caracterizado hasta entonces. Por el otro, el PC reafirmó su adhesión a los lineamientos soviéticos de la época con respecto a la posibilidad y preferencia por la “vía pacífica” al socialismo, pero encontró la forma de combinarla con la hipótesis de la lucha armada como la vía más probable en América Latina, con la excepción de aquellos casos en que la tradición y fortaleza democrática de sus instituciones política, y el desarrollo de las organizaciones de trabajadores y del propio Partido Comunista hacían posible avanzar un largo recorrido por la “vía menos dolorosa”. Estos casos aún eran por entonces únicamente dos: Chile y, precisamente, Uruguay.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Alonso, Rosa y Demasi, Carlos (1986) *Uruguay 1958-1968: crisis y estancamiento*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo

Caetano, Gerardo y Rilla, José (1991) “La izquierda uruguaya y el socialismo real. Visión histórica de algunas trayectorias” en Hugo Achugar, ed. *La herencia del socialismo real*. Montevideo: Fesur

Caetano, Gerardo y Rilla, José (1995) “Izquierda y tradición. Un problema y su versión en Uruguay” en Caetano, Gerardo, Javier Gallardo y Rilla, José *Izquierda, innovación y tradición en Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce

De Armas, Gustavo; Garcé, Adolfo y Yaffé, Jaime (2003) “Introducción al estudio de las tradiciones ideológicas de los partidos uruguayos en el siglo XX” en *Política y Gestión*, No 5, pp. 77-105

Gatto, Hebert (2004) *El cielo por asalto. El Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros y la izquierda uruguaya 1963-1972*. Montevideo: Taurus

Leibner, Gerardo (2009) “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay, 1955-1973” en Markarian, Roberto y Mordecki, Ernesto, coords. *José Luis Massera. Ciencia y compromiso social*. Montevideo: Pedeciba - Orbe Libros, pp. 125-159

Lessa, Alfonso (2001) *La revolución imposible. Los tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Ediciones Fin de Siglo

Marchesi, Aldo y Yaffé, Jaime (2010) “La violencia bajo la lupa. Una revisión de la literatura sobre violencia y política en los sesenta” en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, No 19, pp. 95-118

Nahum, Benjamín; Cocchi, Angel; Frega, Ana; Trochon, Ivette. *Crisis política y recuperación económica, 1930-1958*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1988

Nahum, Benjamín; Frega, Ana; Maronna, Mónica; Trochon, Ivette. *El fin del Uruguay liberal, 1959-1973*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1990

Rey Tristán, Eduardo (2006) *A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya. 1955-1973*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo

Silva, Marisa (2009) *Aquellos comunistas (1955-1973)*. Montevideo: Taurus, Montevideo

FUENTES MENCIONADAS

Arismendi, Rodney (1962) *Problemas de una revolución continental*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos

Arismendi, Rodney (1970) *Lenin, la revolución y América Latina*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos

Cámara de Representantes (1988-1991) *Obras de Vivián Trías*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental

Cámara de Representantes (1994) *Rodney Arismendi. Discursos parlamentarios*. Montevideo

Trías, Vivián (1961) *El Plan Kennedy y la revolución latinoamericana*. Montevideo: Ediciones de El Sol

Trías, Vivián (1965) *Por un socialismo nacional*. Montevideo: Ediciones de El Sol